

## LA VERDAD NATURAL

por

JUAN MIGUEL PALACIOS.

Nos hallamos lejos de la ciudad, pero aún en estas soledades de El Paular se dejan oír los ecos del clamor humano. Y ni lo retirado del lugar, ni el añoso silencio de este monasterio, bastan a acallar las voces inquietas que se levantan del tropel de los hombres a su paso sobre la tierra.

Acaso toda la inquietud y el ansia que manifiestan los hombres tengan su causa más profunda en la posición intermedia que ocupa la criatura humana en el orden de los seres creados. Los teólogos nos enseñan que, así como en el grado superior de la jerarquía de las criaturas se hallan las sustancias puramente espirituales, que la Sagrada Escritura llama ángeles, en el grado inferior se encuentran las sustancias puramente corporales. Pero en la zona que media entre los meros cuerpos y los puros espíritus existe una misteriosa criatura en que Dios ha querido componer la naturaleza corporal y la espiritual: es el hombre. Y una poderosa tensión anida en la entraña de la naturaleza humana. Con los pies clavados en la imperfección de la materia que revela su condición carnal, el hombre descuella sobre todos los demás seres corporales como el más perfecto de ellos; pero, aunque tenga los ojos encendidos por la perfección del espíritu que manifiestan sus potencias racionales, el hombre sabe muy bien que es el más imperfecto de los seres espirituales.

Y es cosa admirable que la misma capacidad que lleva al hombre a conocer esta imperfección de su naturaleza le sirva a las veces para remediarla, pues es en el conocimiento donde el hombre halla verdadero remedio a la limitación de su ser. En efecto, a diferencia de los seres no cognoscentes, el ser humano no se encuentra reducido a la forma de su propio ser, sino que cuenta con una extraordinaria amplitud de naturaleza que le permite poseer por el conocimiento las formas de los demás seres. Por eso decía Aristóteles que el alma es de alguna manera todas las co-

sas (1). Fray Luis de León, acordándose de un texto célebre del Doctor Angélico, lo ha dicho bellamente en lengua castellana: "Porque se ha de entender que la perfección de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razón, consiste en que cada una dellas tenga en sí á todas las otras, y en que siendo una, sea todas cuanto le fuere possible; porque en esto se avezina á Dios, que en sí lo contiene todo. Y quanto más en esto creciere, tanto se allegará más á él, haziéndosele semejante. La cual semejança es, si conviene dezirlo assí, el pío general de todas las cosas, y el fin y como el blanco adonde embían sus desseos todas las criaturas. Consiste, pues, la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí, y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno dellos teniendo el ser mío, se abrace y esclavone toda aquesta máquina del universo, y se reduzga á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean; y para que estendiéndose y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, vença y reyne y ponga su silla la unidad sobre todo. Lo cual es avezinarse la criatura á Dios, de quien mana, que en tres personas es una essencia, y en infinito número de excellencias no comprehensibles, una sola perfecta y sencilla excellencia." (2).

Desde la bestia hasta el ángel, las criaturas dotadas de conocimiento tienen abierto su ser al reflejo de la perfección de todo el Universo. Y así, reflejando las demás cosas, se perfeccionan a sí mismas. Pero las potencias que tienen para ello son de alcance muy desigual. Y mientras los brutos, provistos solamente de sentidos, no traspasan las meras apariencias accidentales de las cosas, los hombres, dotados además de entendimiento, pueden llegar a saber lo que las cosas son. Y es precisamente este denodado esfuerzo del hombre por llegar a reflejar en su mente lo que las cosas son el que constituye la búsqueda de la verdad. Henos, pues, ante la verdad como suprema aspiración del hombre que mira a su perfección.

Todo el saber de los hombres que profesan una fe religiosa procede de dos únicas fuentes: la revelación divina y la razón humana. Con la revelación Dios ha querido descubrir a los hombres algunas verdades que o son inalcanzables por la razón, o,

(1) *De Anima*, III, 8. 431 b 21.

(2) *De los nombres de Cristo*, Libro Primero, De los nombres en general. Cf. Santo Tomás de Aquino. *De Veritate*, 2, 2, ad Resp.

no siéndolo, resultan muy difíciles de conocer al común de los mortales, y sin embargo son necesarias para la salvación del género humano. Son las verdades reveladas, que se admiten por fe, fundándose en la autoridad del ser que las propone. De ellas acaba de hablarnos un ilustre teólogo. Pero existe además un cúmulo mucho mayor de verdades, que los hombres descubren por sí mismos aplicando su entendimiento al conocimiento de las cosas. Son las verdades puramente racionales, que se nos hacen patentes por evidencia objetiva. Yo no voy a tratar del origen, las especies o el valor de esta clase de verdades, por oposición a las primeras. Preferiré acercarme temerosamente a un problema de mayor importancia: el de la esencia misma de la verdad, sea natural o revelada. Pero la cuestión es tan difícil y mi capacidad tan menguada, que no pasaré de hacer la más sencilla exposición que pudiera realizar un escolar sobre la teoría de la verdad que es común patrimonio de los filósofos cristianos: la de Santo Tomás de Aquino.

¿Qué es la verdad? Los cristianos no podemos hacernos esta pregunta sin estremecernos ante el arcano del silencio de Dios. Se cuenta en el capítulo décimotercero del Evangelio de San Juan (3): "Entró Pilato de nuevo en el pretorio, y, llamando a Jesús, le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Respondió Jesús: ¿Por tu cuenta dices eso o te lo han dicho otros de mí? Pilato contestó: ¿Soy yo judío por ventura? Tu nación y los pontífices te han entregado a mí; ¿qué has hecho? Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino, mis ministros habrían luchado para que no fuese entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. Le dijo entonces Pilato: ¿Luego tú eres rey? Respondió Jesús: Tú dices que soy rey. Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz. Pilato le dijo: ¿Y qué es la verdad? Y dicho esto, de nuevo salió a los judíos y les dijo: Yo no hallo en éste ningún crimen." Es la humanidad entera la que ha preguntado en Pilatos qué es la verdad. Pero la pregunta que Pilatos ha hecho a Cristo ha quedado sin respuesta, resonando entre las bóvedas del pretorio. Y, siendo muda en este punto la Revelación, sólo le queda al hombre el recurso de su razón para penetrar la naturaleza de la verdad. Es ésta la tarea del filósofo.

Con ser tantos y tan famosos los filósofos que han estudiado

---

(3) *Jn.* 18, 33-38.

el problema de la verdad, Santo Tomás ha ido a encontrar en un oscuro médico judío que vivió hace mil años en un lugar cercano a Túnez (4) la definición más apropiada de este concepto: *Adaequatio rei et intellectus*. La verdad es la adecuación de la cosa y el entendimiento. Esta definición nos previene ya contra un cierto engaño del lenguaje, pues el nombre sustantivo "verdad" parece querer remitirnos a veces a una cierta sustancia, como si el hecho de buscar la verdad fuese semejante al de buscar algún determinado cuerpo escondido. Pero la verdad no es una cosa, sino una adecuación entre dos cosas, es decir, una mera relación entre dos extremos que nos resultan familiares: los objetos que conocemos y los conceptos que tenemos de ellos.

Sin embargo, si nos detenemos a reflexionar sobre el uso que se hace comúnmente de la palabra "verdad", observamos que se emplea en dos sentidos muy distintos: uno lógico y metafísico y otro moral. Y esta duplicidad semántica traduce una diferencia real. La verdad que exigimos a un profesor de Historia cuando relata un episodio pasado no es la misma que la que pedimos a un testigo cuando declara ante uno de nuestros tribunales de justicia. Para que el relato del profesor sea verdadero es preciso que se halle acorde con los hechos acaecidos; para que lo sea la declaración del testigo basta que reproduzca fielmente lo que éste sabe, sea o no cierto. Se trata, en el primer caso, de la verdad en sentido lógico, como adecuación del entendimiento con las cosas; en el segundo, de la verdad en sentido moral, como adecuación de las palabras con el pensamiento. Lo contrario de la primera sería el error; de la segunda, la mentira.

Santo Tomás de Aquino ha distinguido con gran claridad entre la verdad en sentido lógico-metafísico —verdad del ser y del entendimiento— y la verdad en sentido moral —verdad de las palabras y acciones del hombre—. Buena prueba de ello es que, cuando las trata en su *Suma Teológica*, asigna a una y otra lugares muy distantes: mientras aquélla es estudiada en la *Prima Pars* de la obra (5), ésta se investiga en la *Secunda Secundae* (6), entre las virtudes morales anejas a la virtud cardinal de la justicia. En efecto, nos dicen los metafísicos que las operaciones de

---

(4) Se trata de Isaac Israeli (865-955), autor del *Liber de definitionibus*, cuya célebre definición de la verdad, acaso recibida, fue recogida por Avicena en su *Metaphysica*, tr. 1, c. 9, y, a través de éste, conocida por Santo Tomás. Cf. *Summa Theologiae*, I<sup>a</sup>, 16, 1, ad Resp. et 2, ad arg. 1.

(5) *Summa Theologiae*, I<sup>a</sup>, 16.

(6) *Ibid.* II<sup>a</sup>-II<sup>ae</sup>, 109.

una cosa traducen, en último término, lo que la cosa es. De suerte que muchos seres nos descubren lo que son, que permanece oculto a nuestros ojos, manifestándolo por sus operaciones. El hombre no es una excepción a esta regla. Sus diversas operaciones nos revelan indefectiblemente lo que es: un animal racional. Pero existen una serie de operaciones humanas que pueden ser dirigidas libremente por el hombre. Son, entre otras, las que manifiestan su pensamiento y su índole moral: las palabras y las acciones. Y con éstas el hombre, a diferencia de todos los demás seres corporales, es capaz de mostrar que es lo que no es. Y así un ignorante puede pasar por sabio, o un miembro del partido comunista por apóstol de todas las libertades. A prevenir este mal se ordena la virtud de la verdad o veracidad, que consiste en manifestar con palabras y obras lo que se piensa y lo que se es. Cuando se utilizan las palabras para lo contrario se da en el vicio de la mentira; cuando se utilizan para ello las obras se incurre en el vicio de simulación, una de cuyas formas es la hipocresía. Pero de estas y otras cosas habrá que tratar, con la profundidad que le caracteriza, un verdadero filósofo que está hoy entre nosotros y que nos hablará a continuación sobre las virtudes cardinales y el hombre moderno.

La sinceridad es una gran virtud, pero no exime a nadie del error. Y si para vivir según la verdad es necesario que las palabras del hombre sean fieles a su pensamiento, lo es todavía más que su pensamiento sea fiel a las cosas. Antonio Machado lo ha dicho en un cantar:

¿Tu verdad? No, la Verdad,  
y ven conmigo a buscarla.  
La tuya, guárdatela. (7)

A las palabras y a las obras del hombre les corresponde su verdad, pero la verdad pertenece sobre todo a las cosas y al entendimiento. Por eso, con ser tan importante la consideración de la verdad moral, lo es aún más el estudio de la verdad metafísica, que consiste en la adecuación de las cosas con el entendimiento, y de la verdad lógica, que consiste en la adecuación del entendimiento con las cosas. *Veritas rei* y *veritas intellectus* constituyen, pues, los dos grandes ámbitos de la verdad en sentido pleno.

En esta sencilla tesis se resume toda la teoría de la verdad

(7) *Poesías Completas*, CLXI, LXXXV.

metafísica del Doctor Angélico: todas las cosas son verdaderas. Y lo son en dos sentidos, por su adecuación con dos entendimientos: el del ser divino que las crea y el de la criatura que las contempla. De manera análoga al artista humano, el artífice universal que es Dios posee en su mente las ideas o proyectos de todo lo que hace. Las obras de un artista son verdaderas o falsas en la medida en que reproducen perfecta o imperfectamente las ideas de su autor. Pero Dios no se halla sujeto a la infeliz condición del hombre artista, cuyas manos no alcanzan a veces a plasmar lo que su mente le dicta: Dios es artífice infalible. Y habiendo creado directa o indirectamente cuanto existe, todas las cosas, como obras de Dios, reproducen fielmente las ideas divinas. Por eso son verdaderas, no cabiendo en ellas falsedad alguna. He aquí el primer aspecto de la verdad metafísica.

Pero, además de conformarse con las ideas de la mente divina, las cosas se adecúan también con los entendimientos que las conocen, pues, aviniéndose a sus exigencias gnoseológicas, resultan siempre aptas para ser conocidas por ellos. Y esta aptitud constituye el segundo aspecto de la verdad metafísica: las cosas son verdaderas porque son inteligibles, es decir, porque se pueden conocer. Sin embargo, desde este punto de vista, parece que pudiera darse una cierta falsedad metafísica en los seres que a menudo nos inducen a error, a los que llamamos falsos: la perla falsa, por ejemplo. A este respecto, permítaseme una breve digresión que acaso dé también alguna luz sobre la naturaleza del error.

¿En qué medida puede ser falsa una perla? En la misma en que puede serlo un hombre: en cuanto parezca ser lo que no es. Pero, mientras la falsedad del hombre se debe a una voluntaria simulación, la falsedad de la perla depende tan sólo de una mera semejanza accidental. Es sabido que todo el conocimiento humano comienza con los sentidos, que no conocen más que los accidentes de las cosas; de tal suerte que su andadura natural consiste en trepar por los accidentes para alcanzar el conocimiento de la sustancia a que pertenecen. Pero existen ciertas sustancias que poseen envolturas accidentales muy semejantes, y es precisamente esa semejanza la que puede inducirnos a error, pues de los accidentes de una cosa podemos remontarnos a la esencia de otra. En esta simple tentación de engaño ha tenido su razón de ser la bisutería de todas las edades. Que éste es el proceso más elemental del error se descubre al reflexionar sobre lo que hace el hombre espontáneamente para salir de él: volver a considerar

con mayor atención los accidentes. Y en esa pequeña roedura con que los joyeros saben tentar las perlas para indagar su legitimidad se resumen todas las prevenciones del espíritu humano para librarse del error. Basta con que los dientes descubran la falta de esa leve aspereza que debe poseer el nácar para cerciorarnos de que nos encontramos ante vidrio pintado. Con todo, la falsa perla es verdadero vidrio. Así pues, ni siquiera las cosas que llamamos falsas carecen de verdad metafísica.

Ante los dos aspectos de la verdad metafísica es muy importante señalar que la adecuación de los seres con el entendimiento de Dios es mucho más fundamental que su adecuación con el entendimiento humano. Santo Tomás ha hecho hincapié en este punto, previniéndonos contra todos aquellos filósofos que quieren hacer del hombre la medida única de todas las cosas. He aquí sus palabras: "Pero el primer aspecto de la verdad se da en la cosa más principalmente que el segundo, porque es anterior su comparación con el entendimiento divino que con el humano; por tanto, incluso si no existiera el entendimiento humano, las cosas se dirían aún verdaderas en orden al entendimiento divino. Pero si supusiéramos que se suprimiesen ambos entendimientos, lo cual es imposible, no permanecería en modo alguno la esencia de la verdad" (8). La verdad de un ser no depende del hombre, como pretenden todos los relativismos, sino de Dios. "Sólo Dios basta", habría podido decir Santo Tomás con la mujer mística. Y es que, en definitiva, todas las cosas son verdaderas porque, imitando sus ejemplares divinos, están colgadas del cielo.

Finalmente, además de la verdad metafísica, que corresponde a todos los seres, existe la verdad lógica, que sólo se da en el entendimiento. Es la adecuación del entendimiento con las cosas. Esta es la verdad por excelencia: poseerla constituye una eterna aspiración humana, pues supone la evidencia de que nuestro pensamiento se halla perfectamente conforme con la naturaleza de las cosas. Conocer esa conformidad es conocer la verdad. Pero la verdad se hace esperar, recatándose a los deseos de nuestra mente, que muere por ella. No se deja ver aun cuando nuestro entendimiento capta una cosa en un concepto. Es necesario un segundo acto para que se nos haga patente: el acto de juzgar. Sólo entonces alcanzamos a ver con claridad que nuestros conceptos responden fielmente a la realidad. Y de esa visión nace el mayor gozo del hombre: los antiguos lo llamaron *gaudium de veritate*.

(8) *De Veritate*, 1, 2, ad Resp.

Abandonado a sí mismo, el género humano camina en pos de otros goces a la esclavitud. Pero nosotros tenemos la palabra del Apóstol: "La verdad os hará libres" (9). Y sabemos que, en el yermo de todas sus desesperanzas, el hombre puede llegar a descubrir la verdad y puede hacer de ella el rodrión de sus acciones, asiéndose a sus preceptos como la yedra al tronco del árbol fuerte. Para todos los hombres se ha plantado en el Gólgota el árbol de la Cruz. Quiera Aquel que murió en ella mostrarnos sus caminos en estas sosegadas alturas de El Paular, donde todo es claridad y silencio. Digámoslo como el poeta:

en estas soledades,  
donde viven desnudas las verdades. (10)

---

(9) *Jn.* 8, 32.

(10) Calderón. *La devoción de la cruz*, II (versos 997-998).